

Fabián Sevilla*

◉ Traumatología cultural: Castro y Fuentes

“Pasarán muchos años antes de que los españoles se habitúen a contemplar su imagen real en el espejo de su historia”.

(Castro 1962: XVI)

Algunos estudios (Rodríguez Suro 1988; Williams 1996) han hablado ya de la recepción de las tesis del historiador Américo Castro (1885-1972) en obras del escritor mexicano Carlos Fuentes (*1928). Quiero resaltarla aquí nuevamente, pero haciendo sobre todo hincapié en lo que diferencia a éste de aquél respecto al enfoque de la relación entre España e Hispanoamérica. Se trata a mi parecer de una divergencia en la radicalidad de pensar la hibridación de la identidad nacional y esto se hace patente en el enfoque de la identidad hispanoamericana y de su significado para la identidad española.

Más que de una continuación de las ideas castristas por parte de Fuentes se puede hablar de un desarrollo consciente y consecuente hacia una concepción identitaria post-moderna y postcolonial. Fuentes radicaliza las tesis de Castro, aplicándolas al encuentro entre España y América. Me parece digno de atención que las mismas tesis castristas sugieren y justifican tal proceder y Castro, sin embargo, lo pasa por alto. Fuentes piensa/imagina la identidad española más radicalmente híbrida que Castro, al no anclarla ya en un territorio nacional, sino en el idioma compartido por España e Hispanoamérica.

Trataré de exponer este desarrollo de las tesis castristas a partir del relato de Fuentes “Las dos orillas”.

Américo Castro y la identidad española de Hispanoamérica

En primer lugar me fijaré en el tratamiento del tema hispanoamericano en la obra de Castro. No hace falta resaltar el mérito de *La realidad histórica de España* por sus aportes a la comprensión y la discusión de cualquier identidad española postulada.¹ Pero el

* Fabián Sevilla estudió *Filología Española, Literatura Comparada y Psicolingüística en Barcelona, Granada y Múnich*. Se licenció en *Filología Española con una tesis sobre religión y lenguaje en la narrativa de Gabriel Miró* (Dichterwort und Religion in der spanischen Moderne. Literarische Religions- und Sprachreflexion(en) bei Gabriel Miró, 2009). Es doctorando en el centro pluridisciplinar de investigaciones “Cristianos, moros y judíos”, con una tesis sobre el mito de las ‘Tres culturas’ en la literatura española de los siglos XX y XXI.

¹ Las teorías de Castro fueron un claro paso descentralizador para con las tesis entonces (¡y aún!) vigentes, que sostenían una identidad española que venía dada ya desde los tiempos visigodos y (pre)rromanos y que habría sufrido la ocupación islámica como un intervalo molesto de ocupación ajena, pero sin

descentramiento identitario de esta obra se convierte, a mi parecer, en una simple ampliación bien centrada y anclada en preceptos identitarios clásicos, al enfocar los siglos posteriores a la convivencia judeo-cristiana-musulmana.

Tras una lectura de *La realidad histórica* prevalece la impresión de que la hoja hispanoamericana ha quedado completamente en blanco: el rol que Hispanoamérica pudo haber jugado en la fragua de la ‘españolidad’ es presentado como nulo. Además, parece que, para Castro, Hispanoamérica carece de identidad propia y autónoma porque depende de la ‘morada vital’ española: “Obsérvese el proceso de cultura historiable que va desde el Inca Garcilaso y Sor Juana Inés de la Cruz, hasta Sarmiento, Rubén Darío y Alfonso Reyes. Para entenderlos a todos ellos y estimarlos debidamente, hay que contemplarlos *desde* la morada de vida española” (Castro 1962: 130). Y hay que contemplarlos desde la morada española porque “[t]odo esto, como creación humana y valor artístico, pertenece a la civilización española” (1962: XXVI). Hispanoamérica es, por lo tanto, periferia o colonia identitaria de España. No se habla en absoluto, en cambio, de una influencia inversa, de Hispanoamérica sobre España, aunque fuera ‘sólo’ de la experiencia novomundana como factor para describir la identidad española. Más bien, se concibe a Hispanoamérica como una hoja en blanco sobre la que se inscribe el carácter español, fraguado ya para la eternidad en 1492. Pero, ¿es posible hablar de identidad española dejando de lado los siglos de historia colonial?

Si miramos textos de Castro que explícitamente pretenden tratar el tema hispanoamericano, la cosa se agrava aún más. En 1941 Castro publica en EE. UU. una obrita titulada *Iberoamérica*, confeccionada para introducir a estudiantes norteamericanos en el conocimiento de la América vecina. En sus páginas encontramos la misma perspectiva iberocéntrica: “[L]o que liga Iberoamérica a su tradición no es lo que digamos o escribamos en nuestros libros, sino la circunstancia inevitable de ser una misma la forma interna de vida en Iberoamérica y en la Península europea de donde procede” (Castro 1971: 23). Y esta forma de ser consiste en que: “Ambas *son espontáneamente de una manera, y necesitan vivir de otra*” (1971: 23). Castro no se cansa de repetir esta conclusión (1971: 12; 15): en su esencia, Hispanoamérica es una copia de España.

En otro ensayo de tema hispanoamericano –*La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*– juzga fatalmente: “Los países hispánicos [...] se hallan inscritos en una tradición y destino hispánicos, y se ahíncan más en ellos cuanto más pretenden desmentirlos o eludirlos” (Castro 1961: 46). James D. Fernández ha escrito un artículo sobre las implicaciones ideológicas de dicho libro y concluye agudamente: “Definida así la identidad hispana, no hay independencia posible, sólo repetición fatal” (Fernández 2003: 69). Queda muy claro que Castro no le concede independencia identitaria a Hispanoamérica. Su juicio de la literatura hispanoamericana lo confirma:

[A]unque Hispanoamérica sea un conjunto de naciones independientes, no es posible separar su literatura de la de España; quien no esté familiarizado con la tradición española, no entenderá plenamente el estilo literario de Hispanoamérica; el cual, en el fondo, es sólo un aspecto

consecuencias para una españolidad trascendente. En contra de esto Castro propuso un modelo de forja de la identidad española en relación y gracias a la invasión musulmana, un modelo de inclusión por diferenciación.

nuevo, original y valioso de la literatura de la Península Ibérica, adaptada a un ambiente muy distinto del de España (Castro 1971: 197-199).²

La tarea que pretende llevar a cabo Castro en sus obras sobre Hispanoamérica, la de conocer al ‘otro’, desemboca en un conocimiento del ‘mismo’: “Así pues, si pretendemos explicar lo que es un pueblo, nuestra primera tarea será procurar darnos cuenta de cómo es ese pueblo por dentro” (1971: 2-3). Pero el hispanoamericano por dentro es español. Y, concebida así, Hispanoamérica para Castro no tiene importancia para España en términos de identidad. ¿Qué otra cosa podría aportarle al carácter español sino su imagen en un espejo? Corre así Hispanoamérica la suerte de la que Castro quiere salvar al-Andalus: “[S]e hace ininteligible al enfocarlo, no en su realidad central, sino como una periferia de algo que no es él” (Castro 1962: 192). Sólo que en el caso de Hispanoamérica este problema para Castro ni existe, porque Hispanoamérica en su identidad no difiere realmente de la metrópoli. El iberocentrismo es patente. Con respecto a árabes y judíos, Castro se muestra ideológicamente renovador, pero con respecto a Hispanoamérica, retiene este gesto dentro de los límites de una clara visión de ‘lo español’.

¿Cómo es posible pensar que Hispanoamérica no haya americanizado la identidad española, tal como la semitizaron los árabes y los judíos? Incluso aunque fuera sólo receptáculo pasivo de la identidad española, otredad mínima pero, al fin y al cabo, no reducible, tendría que dejar huella. Pero Castro está lejos de concederle a Hispanoamérica la misma fuerza identitaria respecto a España que otorga a las culturas árabe y judía en su concepción tricultural de las raíces españolas.³ Hay que concluir entonces que, para Castro, la identidad sólo puede ser influenciada por una cultura imperante o metropolitana, tal como en la Península Ibérica durante varios siglos lo fuera la musulmana o árabe. Igualmente les concede influencia importante a los judíos, pero al no haber tenido éstos poder político, recurre a que formaban la élite del saber y ejercían de educadores y consejeros de la élite política y social. El valor identitario para Castro siempre es de parte del colonizador (invasor en el caso árabe) y no del colonizado.⁴

² Sin embargo, en el mismo libro *Iberoamérica*, Castro dice cosas que apuntan hacia un horizonte más híbrido, como por ejemplo: “Iberoamérica es, pues, en gran parte un resultado del enlace de la manera de ser de los pueblos de la Península Ibérica con la manera de ser de los indios que poblaban la tierra americana antes de llegar a ella los españoles y portugueses” (4). O bien: “Merced a tales circunstancias, Iberoamérica depende no sólo de Europa, sino además de su pasado *americano*” (5). Pero tales brotes de postular independencia identitaria se ven contrarrestados por otras citas y, normalmente, un elogio de la particularidad hispanoamericana desemboca directamente en lo contrario, como demuestra la siguiente frase: “El ideal, por el contrario, sería que una Iberoamérica muy fuerte produjera frutos cada vez más valiosos y distintos de los de España y Portugal, aunque todos brotaron del mismo y remoto origen” (22-23).

³ “Hago ahora ver sin sombra de duda, sin posibilidad de tergiversar elementales evidencias, que los futuros españoles se hicieron posibles como una ternaria combinación de cristianos, de moros y de judíos. La casta de los cristianos no hubiera subsistido sin el sostén y el impulso de las otras dos, y llegó un momento en que las tres se sintieron igualmente españolas” (Castro 1962: XX).

⁴ G. W. F. Hegel (1770-1831) colocó a América del lado de la “*Natur*”, en contraposición al “*Geist*” que para él representaba Europa. Si pensamos que Castro diseñó un modelo jerárquico de la historiabilidad de culturas (Castro 1956), podríamos también insertarlo perfectamente en esta línea de pensamiento europeo que coloca a América fuera del curso de la historia y de lo historiable. El argumento sería el mismo que el aquí expuesto con las figuras del colonizador (\approx cultura historiable \approx *Geist* \approx identidad) y

La huella de Américo Castro en “Las dos orillas” de Carlos Fuentes

Una perspectiva diferente pero, como se verá, también muy castrista, es la que podemos encontrar en la escritura de Carlos Fuentes. Su matriz la forma la comprensión de una relación de interdependencia entre España e Hispanoamérica. Quiero tomar como punto de partida el cuento “Las dos orillas”, cuyo narrador, Jerónimo de Aguilar, lo introduce como un relato de su vida, como una reescritura de lo relatado acerca de su persona en la crónica de Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, que data de principios del siglo XVII. “Quisiera contarlo todo. Pero mis apariciones en la historia están severamente limitadas a lo que de mí se dijo” (Fuentes 2007: 10). Y nos la quiere contar de nuevo porque al cronista “le sobr[a] memoria, pero le falt[a] imaginación” (11). Y porque “[s]iempre pudo ocurrir exactamente lo contrario de lo que la crónica consigna. Siempre” (11).

Este recuento de su vida nos lo cuenta desde la tumba –“Yo acabo de morir de bubas” (10)–, al parecer el único lugar desde el cual este recuento es posible porque “en la muerte todos estamos [...] tras de la puerta, viendo pasar sin ser vistos, y leyendo lo que de uno se dice en las crónicas de los sobrevivientes” (12). El relato se mantiene fiel a lo narrado en la crónica de Díaz del Castillo: Aguilar y su compañero Gonzalo Guerrero fueron náufragos españoles, abandonados en la costa de Yucatán durante ocho años. En este período empiezan una convivencia con el pueblo maya, asimilándose más y más a la cultura de éstos. En 1519 Cortés y sus tropas descubren a los españoles. Aguilar se une a ellos, ejerciendo la labor de traductor. Como aprendió el maya durante la convivencia con los indígenas le es muy útil a Cortés en los comienzos de la conquista, hasta ser sustituido más tarde por la Malinche, una vez que ésta domine el castellano. Guerrero decide quedarse, en cambio, con el pueblo indígena. Aguilar muere algunos años más tarde de bubas en una expedición a Honduras.

En “Las dos orillas” Aguilar llena los huecos narrativos e imaginativos entre los hechos relatados por Díaz del Castillo. El lector es hecho cómplice del plan secreto de Guerrero y Aguilar de combatir las tropas conquistadoras. Deciden que Aguilar se unirá a las tropas españolas como traductor, pero como *tradittore*, tratando de traicionarlos, traduciendo al revés. Guerrero, en cambio, debe quedarse con los indios para planear y ejecutar un contraataque, incluso una verdadera contraconquista: la conquista de España por los indios. El plan de Aguilar fracasa, porque tiene que asumir el hecho de que, aunque traduzca al revés, revelando las verdaderas pretensiones de Cortés, no salvará a los indios. Sucede que las mentiras de Cortés reveladas se vuelven así verdades. Resta, por lo tanto, la empresa de Guerrero: “Desde mi tumba mexicana, yo animé a mi compañero, el otro español sobreviviente, para que contestase a la conquista con la conquista” (50).

Este requerimiento nos es contado al final de un relato cuya estructura podría calificarse como cronológica, con la particularidad de que marcha hacia atrás, empezando por el capítulo 10. Cuando Aguilar nos hace cómplices del plan ya hemos llegado al capítulo 1. Pero éste no es el último capítulo del relato, sino que es seguido por otro más, el capítulo 0, donde Aguilar nos da la explicación de esta estructura especial:

[L]a forma de este relato, que es una cuenta al revés, ha sido identificada demasiadas veces con explosiones mortales, vencimientos de un contendiente, u ocurrencias apocalípticas. Me gusta emplearla hoy, partiendo de 10 para llegar a cero, a fin de indicar, en vez, un perpetuo reinicio de historias perpetuamente inacabadas (55-56).

Lo que Aguilar quiere indicar no es otra cosa que la lucha de la imaginación contra la historiografía, lucha que también da sentido a su proyecto de reescribir su propia historia. El capítulo 0 es como un capítulo fuera de toda estructura espacial y temporal. Es el capítulo de la imaginación, el punto de congelación de la Historia y la base de la(s) historia(s): *tabula rasa*. Y es donde se nos cuenta la contraconquista (imaginada) de Guerrero, contraconquista imaginada, lo que podría haber pasado:

Cayeron los templos, de Cádiz a Sevilla; las insignias, las torres, los trofeos. Y al día siguiente de la derrota, con las piedras de la Giralda, comenzamos a edificar el templo de las cuatro religiones, inscrito con el verbo de Cristo, Mahoma, Abraham y Quetzalcóatl, donde todos los poderes de la imaginación y la palabra tendrían cupo, sin excepción (50-51).

Es aquí, con Mahoma y Abraham, que se dejan ver las huellas de Castro. La visión del texto fuentesiano es un mestizaje cultural entre las ‘Tres culturas’ de España y las culturas de América, en este caso las de México. En los párrafos siguientes aparecen más alusiones a la triculturalidad ibérica que parecen basadas en la doctrina castrista:

Viejos judíos, viejos musulmanes y ahora viejos mayas, abrazamos a cristianos viejos y nuevos, y si algunos conventos y sus inquilinas fueron violados, el resultado, al cabo, fue un mestizaje acrecentado, indio y español, pero también árabe y judío, que en pocos años cruzó los Pirineos y se desparramó por toda Europa... La pigmentación del viejo continente se hizo en seguida más oscura, como ya lo era la de la España levantina y árabe (51).

El texto conquista una España de historia mestiza, tal como la postula Castro en contra de las visiones casticistas de otros historiadores. Una España incluso, que nunca dejó de ser también árabe y también judía. Podemos ver en esto una clara herencia de Castro.

Radicalización de las tesis de Américo Castro

¿En qué consiste entonces la radicalización, la superación castrista de Castro? ¿Cómo evita tildar Fuentes a Hispanoamérica de insignificante para la identidad española? Si esta contraconquista –la inscripción de Hispanoamérica en España– sólo es imaginada, ¿qué alcance podrá tener más allá de lo meramente utópico? ¿O es que al final no es sólo imaginada? La clave –otra vez castrista– nos la da el mismo texto:

[E]l asombro mayor que hoy comparto con ustedes, lectores de este manuscrito [...], es que estéis leyendo esta memoria en la lengua española de Cortés que Marina, La Malinche, debió aprender, y no en la lengua maya que Marina debió olvidar o en la lengua mexicana que yo debí aprender para comunicarme a traición con el grande pero abúlico rey Moctezuma.

La razón es clara. La lengua española ya había aprendido, antes, a hablar en fenicio, griego, latín, árabe y hebreo; estaba lista para recibir, ahora, los aportes mayas y aztecas, enriquecerse con ellos, enriquecerlos, darles flexibilidad, imaginación, comunicabilidad y escritura, convirtiéndolas a todas en lenguas vivas, no lenguas de los imperios, sino de los hombres y sus encuentros, contagios, sueños, y pesadillas también (53).

Fuentes parte de la tesis castrista de que la hibridez de la identidad española se refleja en la hibridación del castellano por las lenguas semíticas (véase Castro 1962: 211-219)

y adjunta la ‘contaminación’ americana. ¿Qué significa esto para el cuento que, sin embargo, parece estar escrito no en un lenguaje mestizo, híbrido, sino en castellano, “en la lengua de Cortés”? A mi entender, tenemos que interpretar el asombro del propio Aguilar como un requerimiento hacia sus lectores de dudar de la pureza del idioma: El español es una lengua contaminada, debido a la adaptación a y la absorción de las experiencias novomundanas. La lengua que la Malinche aprende de Cortés en América es ya una lengua híbrida, americanizada. Así como la lengua de Cortés se apodera de América, América se apodera de la lengua de Cortés.

Haciendo depender la identidad y su expresión de la lengua, Fuentes aplica la lección aprendida de las teorías postestructuralistas que invierten la relación entre lenguaje y realidad. Resulta así que “[l]a lengua de la conquista fue también la de la contraconquista, y sin la lengua de la colonia no existiría la lengua de la independencia” (Fuentes 1994: 31), y la validez de la frase no queda deteriorada al reemplazar “la independencia” por “los colonizadores”.

Esta cita mezcla dos importantes conclusiones que podemos sacar porque para Fuentes la expansión territorial española fue en primera línea una expansión lingüística en dos sentidos: por una parte, por ser impuesto el español a los indígenas americanos y así expuesto al (ab)uso y a la modificación, y, por otra y sobre todo, por ingresar América en la lengua, ser recreada en y por ella.

Siendo la segunda vía de expansión la más general de contacto con el ‘otro’, la que incluye las tesis de Castro sobre la hibridación cultural en el panorama de la hibridación postcolonial, la primera vía inaugura una nueva convivencia: la convivencia en un mismo idioma, al menos de gran parte de las poblaciones de la Península y de Hispanoamérica. El español no es sólo expresión de España. Más bien, para Fuentes es al revés: España es sólo ‘una’ expresión del idioma español, un idioma contaminado, culturalmente híbrido desde el momento en que se dirige a ‘otra’ cultura, habla de ‘otra’ cultura, sea(n) americana(s) o árabe y judía. Logra así establecer una dependencia mutua entre España e Hispanoamérica no sólo basada en un pasado común, sino también en un presente y un futuro comunes. Por eso, el discurso pronunciado por Fuentes en la entrega del Premio Cervantes es titulado: “Mi patria es el idioma español” (1994: 29).⁵

Resulta que la contraconquista de Aguilar no es mera imaginación, sino que metafóricamente da testimonio de un proceso inevitable del contacto entre culturas y de la primacía de la lengua. Ilustra que para influenciar una cultura (hegemónica) no hace falta formar parte de la cultura imperante. El colonizado también deja su huella (proliferante) en el colonizador. Fuentes aplica así la interdependencia que Castro es capaz de ver entre árabes, judíos y españoles, al encuentro de españoles e hispanoamericanos, donde Castro sorprendentemente no reitera su gesto descentrador, malogrando así su propia exigencia: “Si ya no hay castas, si somos simplemente españoles, ¿por qué no dirigir la voluntad, constructivamente, hacia la periferia de la persona y no hacia sus centros irreductibles?”

el colonizado (\approx cultura no historiable \approx *Natur* \approx falta de identidad). Véase Hegel (1970: 108); Storf (2006: 69).

⁵ Se entiende pues dónde debe recaer el énfasis en la siguiente cita para contrarrestar lo que más arriba dice Castro sobre la comprensión de la literatura hispanoamericana: “La cultura literaria de mi país es incomprendible fuera del universo *lingüístico* que nos une a peruanos y venezolanos, argentinos y puertorriqueños, españoles y mexicanos” (Fuentes 1994: 30; énfasis mío.)

(Castro 1962: 265-266). Castro piensa la identidad ligada al territorio. Su visión identitaria es centralista, al igual que sus ideas lingüísticas. Por eso puede llegar a decir que “[e]l idioma a orillas del Plata presente rasgos de desorden y hasta de desquiciamiento” (Castro 1961: 27). En vez de reconocer en ello una expresión autónoma, deplora el hecho de que hubiera “zonas hasta donde el latido del Imperio hispano llegaba ya sin brío” (1961: 53).

Conclusión

Para Castro, al-Andalus no fue un suceso fatal en la historia de España. Tampoco lo fue, para Fuentes, la conquista en la historia de Hispanoamérica.

[S]abemos que la conquista fue un hecho sangriento, cruel, criminal. Fue un hecho catastrófico. Pero no fue un hecho estéril.

María Zambrano solía decir que una catástrofe sólo es verdaderamente catastrófica si de ella no se desprende algo que la rescata, algo que la sobrepasa (Fuentes 1994: 51).

En su gesto –tan castrista– de desfatalización de la historia mexicana, Fuentes propone una visión creativa⁶, “fluida, no traumática” (1994: 61), en la que la identidad de Hispanoamérica se vea incluida en la identidad española, pero como identidad hispanoamericana, como una huella de alteridad. Una relación reforzada aún por la continuidad lingüística.

La imagen preferida de Fuentes para ilustrar la interdependencia en la convivencia (pasada, presente y futura) es el espejo: “un espejo que mira de las Américas al Mediterráneo, y del Mediterráneo a las Américas” (Fuentes 1992: 12). Dos espejos contrapuestos reflejándose mutuamente: si Castro incurre en la falacia de concluir la forja de la españolidad con el fin de las tres culturas en la Península y de comprender Hispanoamérica únicamente como espejo de España, Fuentes, en vez de derribar espejo, le contrapone otro, para demostrar así que no hay original, sino sólo copias, sólo imágenes reflejadas. En esa duplicidad, colonizados y colonizadores, periferia y metrópoli se confunden. Hispanoamérica no es, como para Castro, la periferia de España, sino que Hispanoamérica y España juntas son las dos periferias del español, las dos orillas. Y, desde este punto de vista, no es lícito hablar ni de identidad ni de realidad histórica españolas independientemente de Hispanoamérica. “A España le concierne lo que ocurre en Hispanoamérica y en Hispanoamérica nos concierne lo que ocurre en España” (Fuentes 1994: 41). Fuentes, en su concepción de las entidades identitarias España e Hispanoamérica, hereda a Castro a la vez que lo supera, utilizando el gesto hibridizante de Castro para aplicarlo al fenómeno que éste olvida, a saber: la experiencia novomundana de los españoles y la convivencia lingüística con los hispanoamericanos. “Las palabras viven en las dos orillas. Y no cicatrizan” (Fuentes 2007: 56).

Cierro agregando una reflexión crítica sobre la (manifiesta) motivación general tanto de Fuentes como también de Castro: reemplazar la visión traumática del pasado de una sociedad por la visión de un excedente cultural obtenido de los sucesos históricos. El

⁶ “Mi obra hispánica aspira a ser constructiva y alentadora” (Castro 1962: XIV).

programa de Fuentes afirma el pasado y la herencia española como valores productivos, incluso desenfocando la violencia histórica, para, de esta manera, curar la herida identitaria que se alimenta del trauma. Así, la pregunta final de Aguilar, “¿Cuánto faltará para que llegue el presente?” (56), significa: ‘¿Cuánto faltará para que no vuelva a repetirse el pasado?’ Pese a la productividad de la perspectiva fuentesiana, ésta no deja de ser problemática, porque la idea de un conflicto identitario en el seno de la sociedad mexicana (americana) es, al postular una identidad aún por encontrar, una perpetuación de la asignación ‘falta de identidad’. En los tiempos híbridos y ‘post’ que corren, las identidades se resisten en buena parte a las teleologías. Y siendo discutible el diagnóstico, también lo es el lugar desde el cual se pronuncia: el de un traumatólogo cultural, quien, más que curar el trauma, quizás, lo produce y perpetúa.

Bibliografía

- Borges, Jorge Luis (1979 [1960]): “Las alarmas del doctor Américo Castro”. En: *Otras inquietudes*. Madrid: Alianza, pp. 35-40.
- Castro, Américo (1956): *Dos ensayos*. México: Porrúa.
- (1971 [1941]): *Iberoamérica. Su historia y su cultura*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- (1961 [1941]): *La peculiaridad lingüística rioplatense*. Madrid: Taurus.
- (1962 [1954]): *La realidad histórica de España (Edición renovada)*. México: Porrúa.
- Díaz del Castillo, Bernal (1989): *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Madrid: Alianza.
- Fernández, James D. (2003): “Las Américas de don Américo: Castro entre imperios”. En: Subirats, Ernesto (coord.): *Américo Castro y la revisión de la memoria (El Islam en España)*. Madrid: Ediciones Libertarias, pp. 63-81.
- Fuentes, Carlos (1992): *El espejo enterrado*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1994 [1993]): *Tres discursos para dos aldeas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2007 [1993]): “Las dos orillas”. En: *El naranjo*. México: Punto de Lectura, pp. 9-56.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (1970): *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte, Werke 12*. Frankfurt/M.: Suhrkamp.
- Matamoro, Blas (2006): “El español en América. ¿independencia o autonomía?”. En: Damen, Wolfgang y otros (eds.): *Lengua, historia e identidad. Perspectiva española e hispanoamericana*. Tübingen: Narr, pp. 159-172.
- Rodríguez Suro, Joaquín (1988): “La huella de Américo Castro en *Terra Nostra*”. En: Surtz, Ronald (ed.): *Américo Castro: The Impact of His Thought. Essays to Mark the Centenary of His Birth*. Madison: The Hispanic Seminary of Medieval Studies, pp. 259-266.
- Storfa, Joachim-Peter (2006): “Geschichtslosigkeit, Kommendes und Immer-noch-nicht-Sein: Anmerkungen zur nicht endenwollenden Diskussion über die Identität Lateinamerikas”. En: Damen, Wolfgang y otros (eds.): *Lengua, historia e identidad. Perspectiva española e hispanoamericana*. Tübingen: Narr, pp. 69-81.
- Williams, Raymond Leslie (1996): *The Writings of Carlos Fuentes*. Austin: University of Texas Press.